

Facultad de Psicología

Universidad de la Republica

Trabajo final de grado

Modalidad: monografía

“La construcción del Aparato psíquico en contextos de vulnerabilidad socioeconómica”

Tutora: Gabriela Prieto

María Eugenia Trías. 4.783.263-2

Índice

PRIMERA PARTE

Resumen.....	2
Introducción.....	3

SEGUNDA PARTE - Marco Teórico

1. El sujeto en construcción	
1. a- Intersubjetividad.....	5
1. b- Encuentro, mirada, sostén, caricia; sujeto.....	6
1. c- La infancia de los padres o la historia sin fin.....	15
1. d- El sujeto; ser, self, creatividad. Vida.....	17
2. El entorno	
2. a- Pobreza.....	19
2. b- Exclusión social.....	20
2. c- Vulnerabilidad.....	21
2. d- Factor de riesgo.....	22
2.e- Resiliencia- Resistir.....	23
3. Una mirada a programas e instituciones	
3. a- Los distintos programas.....	24
3. b- Programa de experiencias oportunas: un lugar de encuentro.....	25

TERCERA PARTE

Articulación.....	26
Anexo.....	36
Referencias Bibliográficas.....	37

Resumen

El presente trabajo trata de la madre y el niño, de la familia, del encuentro con la vida, en este caso, inmersos en un contexto de vulnerabilidad socioeconómica: la pobreza.

El objetivo principal es poder reflexionar sobre la construcción del sujeto en este entorno y poder pensar, brevemente, cuál es la función de las distintas políticas públicas que se encuentran trabajando con esta población específica.

Para la realización del mismo, se utilizaron diversos conceptos, correspondientes a las teorías psicoanalíticas, que permiten pensar en el territorio, en el sujeto y las instituciones, desarrollando primero el concepto de intersubjetividad, ya que se entiende que el sujeto se construye desde el inicio de su vida, en una interacción constante con el mundo, la cual no acaba hasta su muerte.

Introducción

Desde la Universidad de la República, Facultad de Psicología, en el marco del programa curricular 2013, surge la posibilidad de realizar el Trabajo Final de Grado, con el fin de ampliar los conocimientos de los estudiantes.

El presente trabajo, es la suma de la lectura y reflexión de varios autores que fueron transitados bajo las distintas materias y prácticas, realizadas en el transcurso de la Facultad.

Por otra parte, en los encuentros planificados con la Tutora correspondiente, se logra dilucidar el tema específico del trabajo, y así su creación, a partir de una búsqueda constante de autores que permitieran tal reflexión, y el armado y desarmado del trabajo, para llegar finalmente a lo que es.

De esta manera, el marco teórico se compone de tres apartados: La construcción del sujeto, el entorno y una mirada a los programas e instituciones, para finalmente, lograr articular los conceptos y responder al tema optado.

En el primer apartado se intentará exponer las distintas teorías que explican y determinan la construcción del sujeto. Se pretende trabajar bajo el enfoque de “intersubjetividad”, en donde se afirma la interacción dada entre el sujeto y su entorno. Asimismo, nos implicaremos en el concepto de “función materna”, el cual se describe, en el marco teórico, para denominar a aquella persona que se presta a las necesidades del bebé, sin conjeturar que la misma debe ser la mujer. El segundo apartado: el entorno, referirá a la descripción de diversos conceptos que permitan entender los contextos de pobreza, considerando pertinente desarrollar el concepto de “resiliencia”, que si bien no debe acotarse solo a estos contextos, se hace necesaria su exposición para los objetivos de este trabajo. Por último, “una mirada a las

instituciones”, expondrá alguno de los distintos proyectos que se insertan en los barrios, para entender su eficacia y poder mirarnos como futuros psicólogos.

Por lo tanto, este trabajo se debe a las madres, familias, niños, barrios, compañeros de trabajo, familiares, amigos, inventores de teorías, docentes, que tras la búsqueda de verdades encontramos la duda: la creación.

Marco teórico

El sujeto en construcción

1a .Intersubjetividad

Catalina Scott (2004) entiende la intersubjetividad como las creaciones dadas en un interjuego constante, entre las subjetividades de dos o más personas. Creación que explica a la mente humana en un continuo proceso de construcción, dado su contacto con el exterior. Estas interacciones constituyen, afirma la autora, la base de la personalidad del sujeto. Víctor Guerra (2014) plantea que la intersubjetividad es un lenguaje universal; de esta manera la entiende como la experiencia de compartir diversos estados emocionales con otro. Con esto se refiere a la mirada y sostén que la madre puede ofrecer al niño, encontrando o no una forma apropiada de hablar, de reír, de imaginar, a lo que el pequeño responderá con sus sonidos, gestos y juegos, los cuales se van construyendo en la díada. De esta manera, señala el autor, el niño buscara un ritmo propio, que al mismo tiempo se conjuga y se encuentra, con el ritmo de quienes lo reciben.

Por otra parte, Felipe Lecannelier (2002) introduce el concepto que refiere al “principio de la intersubjetividad”, donde explica cómo el ser humano se construye en una temporalidad cronológica, donde la misma se funda a partir de lo evolutivo y ontogenético, estableciéndose en la existencia de los otros. Por lo tanto, el autor describe un concepto basado en la temporalidad y el desarrollo de la raza humana, en donde distintas prácticas, que se extienden durante miles de años, dan la oportunidad de un medio social ordenado, lo que permite la existencia del individuo coherente, continuo y unitario. Lecannelier (2002), asegura que antes de que el bebé nazca comprende la capacidad de desarrollar vínculos con el mundo. Durante los primeros momentos de vida, ya ocurren conexiones, dando así por hecho

que la intersubjetividad es parte de una historia evolutiva. Siendo así, llama intersubjetividad primaria a la predisposición del niño recién nacido a entablar un vínculo particular, que habla de una sintonía emotiva con su madre, lo que le permite, de esta manera, continuar con su vida.

En este sentido, Winnicott (1972) señala la existencia del espacio potencial, al que describe como el tercer espacio, que se inscribe como un lugar de juego, en donde madre y bebé se encuentran e interactúan. Estos encuentros determinarán, más adelante, las posibilidades y formas en que el niño se vincule con el mundo. El autor determina un sitio de encuentro, en donde el amor materno propiciará confiabilidad y por lo tanto el niño se sentirá unido a su madre.

1.b. Encuentro, mirada, sostén, caricia: sujeto

Se hace necesario para el desarrollo del trabajo manifestar lo indispensable que se convierte la madre en la formación de la estructura psíquica y vida del niño.

En el transcurso de la historia, la mujer ha sido relegada al ámbito privado, que conlleva al orden del hogar, y al cuidado y crianza de los niños. Videla (1990) enfatiza sobre la tarea de la mujer en la familia y la sociedad, de quien se espera, y exige, que cuide, alimente, ampare y agreda al niño; al mismo tiempo que cuide la pareja y el hogar. De esta manera, se puede decir que la vida de la mujer queda sujeta a estos significados, olvidándola como sujeto de deseo y placer.

Considerando y valorando pertinente la implicación del padre en los cuidados del niño, es que el presente trabajo tomará como referencia el concepto aplicado por Winnicott (1972) sobre “función materna”; por lo tanto, cada vez que se nombre a la madre, se estará refiriendo a la función, que no de hecho debe estar desempeñada por la mujer. La misma refiere al lugar

ocupado por una madre o un sustituto, que existe para cuidar, mirar y tocar al bebé. De esta manera, el autor no adjudica trascendencia a la función dada por ningún sexo, lo cual, para Levin (2004), implica una acción que posibilitará diversos procesos. Siendo así, la autora plantea que la función materna puede dividirse entre la madre, el padre, un sustituto o varios; sin olvidar que existen niños y niñas internados en distintos hogares, en donde sus cuidados se encuentran repartidos entre varios actores. De esta manera, se considera pertinente la figura materna y paterna, al decir Cramer (1989) que para bailar el baile de la vida se precisará de tres.

Entre otras cosas, Videla (1990) destaca la importancia de la función materna bien asumida, ya que de esta devendrán hábitos de crianza, modos de vestir, reír, tocar y nombrar. Siendo así, el niño, tras la buena adaptación con su madre, logra gozar del sentimiento de omnipotencia y generar el efecto de ilusión, que le permite crear una realidad objetiva y paralela al entorno. El buen acople entre la madre y el niño dará la posibilidad, a este último, de soportar los efectos de la desilusión, permitiéndole conjugarse en un mundo compartido con otros, más allá de ellos dos.

Durante el primer contacto, explica Winnicott (1972), la madre debe encontrar al niño que acaba de nacer. Sobre él tendrá diversas ideas, deseos e imágenes, que ha podido desarrollar durante el embarazo, aunque el niño no haya nacido aún; por lo tanto las expectativas en cuanto a este, se irán modificando y avanzando hasta que el niño se encuentre en sus brazos, y más adelante también.

Posterior al nacimiento, comienzan a tomar valor distintos acontecimientos: la mirada, el sostén y la forma de manejar a ese niño. Se despliegan encuentros y desencuentros que irán construyendo el vínculo (Winnicott, 1972). Con la mirada, la madre actuará como un espejo que refleja al niño, permitiéndole a este encontrar ideas, ilusiones o deseos que se han

depositado en él. El autor explica: “Cuando miro se me ve y por lo tanto existo, ahora puedo permitirme mirar y ver” (Winnicott, 1972, p. 151). La manera en que la madre sostiene y maneja al niño hará referencia a cuán identificada se encuentre ella con el pequeño. De esta forma podrá reconocer lo que el bebé siente y buscará la manera de satisfacer las necesidades del mismo.

No obstante, Freud (1916) resaltó la importancia de los sucesos que acontecen durante el primer momento de vida, en el cual, las vivencias negativas serán capaces de dejar secuelas, fijaciones de la libido; plantea que es durante las vivencias de la sexualidad infantil, en los afanes parciales abandonados y en los objetos resignados de la niñez, a donde revierte la libido. Freud (1916) señala que durante la primera etapa de vida se manifiesta la orientación pulsional innata del pequeño, al mismo tiempo en que vivencias accidentales despertaron y activaron otras pulsiones. Destaca la importancia del ambiente en el desarrollo de la psiquis. La misma será responsable, entre otros, del desarrollo sano del individuo, así como de los síntomas que pueda desarrollar a lo largo de su vida. De esta manera, explica su esquema de las series complementarias, en donde la organización de la vida psíquica será dada por la conjunción de factores de orden genético y constitucional, sumado a las vivencias tempranas de la primera infancia. Estas últimas pueden actuar como papel patógeno para la vida del niño, dependiendo si este se encuentra en un ambiente contenedor o no.

Por otra parte, Aulagnier (1975) define al primer contacto entre la madre y el niño como un encuentro original; la madre acoge al niño y le presenta al mismo una realidad modelada.

Según Malher (1975), el niño es capaz de conformarse y amoldarse al ambiente en el que se ve inmerso. De esta manera el bebé se constituye a partir de estilos, maneras y objetos presentados por la madre, así sean objetos sanos o patológicos para la adaptación del mismo a la realidad.

Aulagnier (1975) refiere al rol del cuidador como “portavoz”, será el portador del discurso materno, aquel que decodifique e interprete los gestos del bebé, brindándole una forma de narrar y de decodificar el mundo. La autora lo define bajo el término “violencia” en la interpretación, refiriéndose así a un discurso que se anticipa a cualquier intención del niño recién nacido. Violencia necesaria, continúa Aulagnier (1975), ya que permite al bebé entrar al orden de lo humano.

Continuando con esta autora, la integración de la imagen del niño dependerá de lo que este escuche del discurso de su madre, palabras que hablarán de su cuerpo. De esta manera la autora confirma que todo niño nace en un universo hablado.

Asimismo, este dialogo deberá encontrarse bajo el principio de realidad, donde la represión ya hizo efecto, planteando así que el bebé recibirá este material como alimento y lo reconstruirá.

El cuerpo de esta madre debe ser un proveedor de afecto, de emociones, siendo en este sentido necesario el placer de la madre para lograr una verdadera unificación e integración sobre el cuerpo del niño (Aulagnier, 1975). De esta manera, el bebé no logra diferenciar el cuerpo de la madre del suyo; ambos se sumergen en un universo de sentidos y experiencias que irán originando nuevas formas de mirar y sentir, pero por sobre todo una forma particular de encontrarse. En este sentido, señala: “Se comprueba el resurgimiento de la indiferenciación primera entre el propio cuerpo y el cuerpo del otro” (Aulagnier, 1975, p. 61).

Mahler (1975) llama a esa condición de absoluta dependencia, estado simbiótico, en la cual el niño pequeño, dada su vulnerabilidad frente al mundo, debe recurrir a un estado de simbiosis para lograr sobrevivir a este. Más adelante, devendrá el proceso de separación: el Yo del pequeño deberá verse como algo distinto del mundo de los objetos maternos. Winnicott (1972) señala que la madre deberá presentar al pequeño un mundo, el cual es

compartido con otros, donde ya esa fusión que había en la diada comienza a esfumarse, por lo que la capacidad de frustrar a este niño será indispensable para el desarrollo del mismo. Esto le otorgará la posibilidad de pasar de un estado de dependencia absoluta a un estado de independencia. Retomando a Malher (1975), se trata del pasaje de la simbiosis a la individuación, lo que implica para el niño la posibilidad de obtener sus propias características, las maneras de ser, la identidad, dejando atrás la unidad dual que construían con su madre.

No obstante, Klein (1946) define la construcción y desarrollo de la persona a partir de su relación con los objetos externos. De esta forma refiere a “posiciones” como posibles momentos en el desarrollo. La autora describe características sobre los distintos mecanismos de defensa; es durante la posición esquizoparanoide donde se puede identificar la proyección como mecanismo fundamental, además de la escisión. Este mecanismo de proyección es el que le permite al bebé trasladar sentimientos e impulsos hacia el exterior, particularmente al cuerpo materno. De esta manera, la posición esquizoparanoide implicaría la percepción de un objeto escindido: pecho malo - pecho bueno; el primero frustra, ya que no está a disposición en el momento preciso en el que niño siente la necesidad. El pecho bueno, por el contrario, es el que logra satisfacer la necesidad del pequeño. Cabe aclarar, para comprender lo que la autora quiere decir, que en este primer momento el niño no se diferencia del ambiente, es decir, lo percibe como una unidad que forma parte de sí.

Más adelante, devendría lo que Klein (1946) entiende como posición depresiva, es decir, luego de haber pasado por la posición esquizoparanoide, el niño comienza a sentir agresivos sus propios impulsos, asomando así un sentimiento de culpa que le permite querer reparar el daño que él mismo siente haber hecho. Esta última posición, permite apreciar al objeto de forma integrada y diferenciada de él mismo; el pecho bueno es también malo. En este sentido, es necesario señalar que la autora entiende como una posibilidad, no poder alcanzar la

posición depresiva, y de esta forma quedar fijado a la primera posición esquizoparanoide, expresando que, dentro de la psicosis, el individuo queda sometido a esta primera posición.

Es necesario destacar dentro de los aportes teóricos de Klein (1946), que las proyecciones de un mundo externo hostil llevan a la introyección de un mundo interno hostil y por el contrario la introyección de un mundo distorsionado y hostil lleva a la proyección de un mundo externo con las mismas peculiaridades.

Por otra parte, se hace necesario resaltar el concepto de apego, desarrollado por Bowlby (1989). Sobre el mismo, Atger y Guedney (2006) remiten a una conducta que une al niño con la madre. Conducta en donde se entabla un vínculo que refiere al afecto y la seguridad. De esta manera el recién nacido intenta sobrevivir a la realidad. A su vez, este deberá conocer y explorar el mundo y sus propias capacidades, por lo que el vínculo de apego le permite realizar estos movimientos y volver a la base segura. Puede considerarse seguro el vínculo de apego, cuando el niño, a través de la imagen materna, es rodeado de amor y seguridad; y es inseguro, cuando el niño percibe el ambiente como un lugar inestable e imprevisible.

Las pautas de apego pueden observarse a partir de los comportamientos que el niño realiza para que su madre se acerque a él y del acercamiento que el mismo realiza hacia su madre. Es así, que la teoría del apego conlleva a pensar que a partir de las características de este vínculo, el sujeto adulto se relaciona con las mismas pautas que marcaron su apego, es decir, vivenciar el mundo como un lugar para conocer o para temer.

Sin embargo, en la llegada de un bebé, no siempre existe la espera de una madre suficientemente buena, ni un ambiente seguro y contenedor para el recién nacido.

Explica Aulagnier (1975), que cuando el portavoz falla en su función, tanto en el espacio corporal como en su espacio psíquico materno, será el responsable de una experiencia

displacentera para el niño. El mismo comenzará a vivenciar al mundo como amenazante y hostil, vivencia que luego dificultará la propia catectización del cuerpo y del mundo. De esta manera, el niño no será decodificado según sus propias necesidades, a lo que agrega que “de nada sirve al niño —amargo y grave descubrimiento— mostrarle que él sabe sonreír, en el momento en que ella espera que le muestre que sabe comer o dormir” (Aulagnier, 1975, p. 205).

A partir de esto, se expone lo dicho por Winnicott (1972) quien refiere que a la madre que “no es suficientemente buena” le es imposible entablar una relación con el pequeño que le permita a este sentir la omnipotencia, ya que al no lograr entender y responder a los gestos del bebé, la madre termina por colocar los de ella, terminando el bebé sumiso a ellos.

Winnicott (1983) plantea que una manipulación deficiente es aquella en la cual se establece un manejo funcional del niño, en donde no existe el contacto y sostén que habilite un encuentro. Encuentro dado por la identificación de la madre con el bebé. Esta manipulación poco adecuada en los primeros contactos, puede afectar en el bebé la capacidad de disfrute de sus experiencias corporales y experiencia del ser. El niño, de esta manera, comienza a construir fallas en su desarrollo, conductas poco adecuadas.

Green (1983) introduce el concepto de la “madre muerta”, como aquella que no logra determinar las necesidades del niño y responde de una manera poco acertada, sin poder satisfacer las necesidades del bebé, con lo cual se constituye lo que podría ser una madre depresiva. Dice al respecto: “la madre muerta es entonces, contra lo que se podría creer, una madre que sigue viva, pero que por así decir está psíquicamente muerta a los ojos del pequeño hijo a quien ella cuida” (Green, 1983, p. 209). Continúa su teoría con la explicación de que, de esta manera, el niño desinviste el objeto materno y se identifica con los vacíos que deja esta madre muerta. En este sentido, señala que “la madre modifica su actitud

fundamental hacia el hijo, porque se siente impotente para amarlo, aunque lo sigue amando y se sigue ocupando de él. Pero, como se suele decir, no lo hace de corazón” (Green, 1983, p. 217). El niño sigue atrapado en la madre, de la que no puede realizar un duelo real, porque aún existe en su forma física. Y luego agrega: “El niño ha hecho la cruel experiencia de que depende de las variaciones del humor de la madre. En lo sucesivo consagra su esfuerzo en adivinar o anticipar” (Green, 1983, p. 219).

Por último, es interesante resaltar la descripción de Green (1983) cuando señala que:

La madre muerta había arrastrado, en la desinversión de que había sido objeto, lo esencial del amor de que había estado investida antes de su duelo: la mirada, el tono de su voz, su olor, el recuerdo de su caricia... Había sido enterrada viva, pero aún su tumba había desaparecido. (Green, 1983, p. 221)

La madre muerta se constituye bajo la pérdida de objeto en un momento crucial de la estructuración psíquica y bajo un estado depresivo, el cual se expresa en la pérdida del interés de la madre sobre el hijo. El autor explica que entonces comienza a coexistir, entre el niño y su madre, una nueva realidad, ya que el objeto vivo se ha convertido en una figura lejana, que se introduce en el sujeto. A esto lo llama la “clínica del vacío”, ya que se origina en la desinversión masiva, convirtiendo la mente del niño en agujeros psíquicos. Se trata en concreto de quitar el afecto del objeto materno y la continua identificación inconsciente del niño con la madre; esto se produce de forma no electiva en el sujeto. El niño, al construir su identificación con los vacíos propiciados por la madre, no puede reparar de forma verdadera y se mimetiza con las ausencias.

En consecuencia, concluye Green (1983), la persona se encuentra frente a la pérdida de sentido de la propia vida, ya que ser y existir se vuelve prohibido. El sujeto, dadas las circunstancias, intenta animar a esta madre, pero la madre, incapaz de generar una respuesta alentadora, genera en el niño la idea de que esto no se puede y por lo tanto el sujeto se vuelve

incapaz de revertir tal situación.

Seguidamente, se hace referencia a lo que Winnicott (1972) conceptualiza como la madre que priva de amor a su hijo, aquella que no logra investir al niño o, como tal, desaparece mayor tiempo de lo que niño puede esperar y comienza, en esa ausencia, a estar “muerta” para él, aunque aparezca.

Sobre las patologías del bebé, Lebovici (1995) agrega que las mismas son la expresión de aquellos que cuidan al niño, pero este (niño) a su vez es capaz de ayudar, o no, al desarrollo de las mismas. Los riesgos de contraer una patología, explica el autor, son amplios y numerosos. La amenaza puede estar relacionada con la estructura genética que se manifiesta en el desarrollo, o puede deberse a las condiciones de vida familiar desfavorecidas, como la pobreza.

En otras palabras, Aulagnier (1975) expresa que “la locura infantil no es el atributo de un subproletariado ni un efecto directo de la pertenencia a esta clase, pero el hecho de pertenecer a ella favorece, efectivamente, el potenciamiento al que me he referido” (Aulagnier, 1975, p. 239). Lecannelier (2003) agrega: que la forma de habitar y reconocer al mundo se debe a un estar inmersos en un sistema social, histórico y cultural que restringe todo entendimiento de la realidad. Para el mismo autor, el individuo se encontrará moldeado a los significados de una realidad estructurada, donde determinará una manera de conocer al mundo y a sí mismo, que implica una comunidad particular en un momento histórico único.

Cabe recordar lo expuesto anteriormente, sobre las afirmaciones de Klein (1946), al respecto de que los contextos hostiles construyen mundos internos distorsionados. En este sentido, Aulagnier (1975) señala que el niño puede ser perjudicado por las fallas en las tareas del portavoz y en el ambiente, pero igualmente tiene la posibilidad de reconstruir su porvenir, sin que este defina su destino, ni quedar atrapado en él, exclamando que lo necesario no es

suficiente. Los contextos que no proveen de lo necesario al bebé, generan lo que la autora define como “potencialidad psicótica” y que refiere a la “presencia de un pensamiento delirante primario enquistado y no reprimido” (Aulagnier, 1975, p. 205).

El pensamiento delirante primario es aquel que aleja al sujeto de la lógica común compartida por el resto y genera nuevos significados. El Yo en la psicosis, comprende una reorganización en los vínculos, indica que “el enquistamiento de tal pensamiento, le permite al sujeto funcionar de acuerdo con una aparente y frágil normalidad” (Aulagnier, 1975, p. 195). Sobre la misma línea, continúa diciendo que “el sujeto nace en un medio psíquico en el que su deseo, que muy precozmente se constituye como deseo de ser deseado, no puede hallar su respuesta satisfactoria” (Aulagnier, 1975, p. 203) y plantea que:

La psicosis no es un solo error, no es casualidad, ni mera coincidencia, es el resultado de un conjunto de situaciones, momentos y emociones, que escapan al niño y sin embargo lo atrapan, donde queda en evidencia un deseo, una madre, un contexto, etc., recordando que hablar de condiciones necesarias no es equivalente a hablar de condiciones suficientes. (Aulagnier, 1975, p. 191)

1.c- La infancia de los padres o la historia sin fin

Käes (1996) explica a los sujetos como eslabones en una cadena, que no solo dependen de su historia, sino de la historia de quienes los concibieron, convirtiéndose en un cuerpo que dice de sí mismo y de otros, que precede más allá de uno.

El autor añade que lo que se transmite, justamente, es el tabú, la culpa en donde se conjugan lo heredado y lo de uno. Por lo tanto, nada de lo que se haya retenido no se transmitirá ni desconocerá por las generaciones que siguen. Seguirán existiendo imágenes, huellas y síntomas que unirán a las siguientes generaciones en un mismo sufrimiento. Cramer (1989) señala que “uno se inventa como padre por referencia a sus vivencias de hijo, y descubre al bebé a través de los recuerdos infantiles que duermen en el interior” (Cramer,

1989, p. 14). De esta manera el autor indica que uno no solo se reproduce, sino que produce e invoca a los ancestros, sus propios padres. Así es que se siente en cada niño, en cada hijo, la posibilidad de recuperar aquella infancia que ya no se tiene.

Bowlby (1989) explica que las sensaciones, emociones y conductas que la madre siente y aplica hacia su bebé, están influidas por su historia y experiencias de la propia infancia; una madre que ha tenido una infancia conflictiva, no logra establecer el mismo contacto que una madre con una infancia no dañada, ya que las formas de apego se reproducen en las siguientes generaciones.

En este sentido, Lebovici (1995) explica su concepto de vínculos intergeneracionales, donde plantea que es en el deseo de tener un hijo donde se despliegan, en la madre, dos importantes formas: el niño imaginario y el niño fantasmático.

Sobre el primer concepto, el autor señala, que es durante el embarazo donde la madre comienza a imaginar a un niño, las apariencias y los rasgos físicos que el pequeño tendrá. La madre irá realizando una lectura, sobre su embarazo, durante los nueve meses, donde las que hablan son las ecografías, los análisis y los variados movimientos que siente de su bebé que aún está en su vientre. Es en el momento del nacimiento donde la madre confronta al niño que ha imaginado con el niño real que ahora tiene en sus brazos.

El niño fantasmático, por otra parte, es aquel que surge de la infancia de los padres; más precisamente de aquellos antiguos deseos maternos que les son transmitidos. Lebovici (1995) explica que son conflictos inconscientes y repetidos y señala que “Tres generaciones constituyen una familia: lo que se transmite aquí es un sistema cultural que define a la familia en un estado o grupo humano. Son también los valores familiares que parecen como emblemáticos” (Lebovici, 1995, p.117). En la interacción de ambos niños, la madre lograr dar sentido real al bebé que esperó durante el embarazo.

Este autor explica que la infancia de los padres determinará actos y formas de actuar frente al niño, para lo cual es necesario que los mismos hayan establecido identificaciones positivas con sus propios cuidadores. Aquellos padres que han sufrido algún tipo de carencia, desarrollan estructuras frágiles, que contienen expectativas desmedidas de amor hacia los otros. Aquí cabe recordar a Käes (1996) con su idea de que son necesarias tres generaciones para desarrollar una psicosis.

Para Guerra (2000), cuando nos encontramos frente a la tarea de cuidar a un niño, nos encontramos con el niño que fuimos y el que no pudo ser, así como también con nuestro ser madre. En este sentido, también nos implicamos en un sistema de cuidado que se origina en el contexto familiar y cultural, cargado de pautas y castigos.

1.d - El sujeto: ser, self , creatividad, vida

El sujeto comienza a construirse en un entorno, en los brazos de una madre y un padre; Winnicott (1972) explica que es durante los encuentros y desencuentros del niño con su madre, donde se comienza a construir el “self”. Sobre el mismo, el autor añade no ser el Yo, pero sí la persona que se es.

Según Levin (2004), el self existe entre el mundo externo y el cuerpo, así como entre el mundo de los otros y el propio. Es el self quien provee la totalidad para dar la continuidad al ser. Añade que este yo-cuerpo genera un sentimiento de identidad y es así como se produce el encuentro con otros. Sobre este concepto, agrega que es posible desarrollar un self verdadero, así como self falso; el primero es producto de un acertado encuentro de la madre con su hijo que, logra identificarse con él, puede satisfacer sus necesidades, y que se tratará de cómo el niño logre investir las respuestas maternas. Por el contrario, explica Winnicott (1972), un self falso surge a partir de una madre que no logra decodificar, de manera acertada, los gestos de su hijo y que por lo tanto coloca el suyo, convirtiendo la realidad de su niño en una realidad

falsa. De esta forma al pequeño no le quedará otra opción que tomar esta realidad que, no siendo verdadera ni suya, se convierte en única y la acepta como tal. Aulagnier (1975) llama a este estado “alienación”.

En relación con lo mencionado anteriormente, Winnicott (1972) concluye que el self falso es una organización defensiva por el cual el bebé se adapta al ambiente, a la vez que protege y esconde sus verdaderos impulsos.

A partir de las distintas posibilidades que se habilitan desde el contacto de la madre con su bebé, comienza a desarrollarse el “ser”, donde según Winnicott (1972), se brinda la posibilidad de existir, de vivir realmente, siendo este la base del descubrimiento propio y externo. Levin (2004) señala que el ser simboliza el ser requerido. Dentro de las posibilidades del ser, el autor también los clasifica en verdaderos y falsos y los mismos se gestaron a partir de la posibilidad de vivir con creatividad o no. Esta posibilidad la brindará tanto el ambiente, como la madre.

Sobre el concepto de creatividad, Winnicott (1972) manifiesta que la misma se habilita desde un acertado encuentro entre el ambiente y el niño. La creatividad para Winnicott (1972) remite a todo lo que se pueda producir, a la condición de vida misma. Este autor plantea que “todo lo que se produce es creativo, salvo en la medida en que el individuo esté enfermo o se encuentra frenado por factores ambientales” (Winnicott, 1972, p 97). Este define, con gran relevancia, que la vida misma solo vale la pena ser vivida si existe un pensar creativo. Levin (2004) añade que la experiencia creadora es quien brinda la posibilidad de la vida.

2. El entorno

En el presente apartado, se considera indispensable desarrollar el concepto de pobreza, vulnerabilidad y factor de riesgo, para poder continuar con los objetivos del trabajo.

2.a- Pobreza

Para comenzar a desarrollar este concepto, tomaremos como referencia a los autores Subirats, Riba, Giménez, Obradors, Giménez, Queralt, Bottos, Rapoport, (2004). En un comienzo, explican los autores, la pobreza era definida a partir de la cuestión económica, referida al número de ingresos en el hogar. Sin embargo, explican, actualmente se registra un crecimiento de nuevas fuentes de desigualdades —por lo que el concepto debe modificarse, ampliarse e incluir nuevos parámetros— que provocan que determinados sectores sociales de la población comiencen a sufrir la privación de sus propios derechos y libertades, que debieran ser inherentes al ser humano, pero que, sin embargo, generan las condiciones necesarias para una vida material y psíquica que les impide desarrollarse y sentirse como seres humanos. Así, los distintos actores de este sector social sufren una negación de la propia idea de ciudadanía. Al respecto, Fernández Aguerre (2010) conceptualiza a la pobreza a través de la multidimensionalidad, donde expresa la existencia de distintos vectores de recursos que se encuentran en mínimos estándares. Asimismo da cuenta de la pobreza como la imposibilidad de satisfacer las necesidades básicas humanas, por lo que el sujeto queda prendido a la nula posibilidad de una vida realmente autónoma. El autor, dentro de su marco ideológico, toma posición frente a la pobreza como:

Un estado en el que el nivel de los recursos susceptibles de destinarse a alimentos, la vivienda, la vestimenta, la salud, el tiempo libre, la sociabilidad y el entendimiento, pone en riesgo la supervivencia física y la autonomía de la persona (Fernández Aguirre, 2010, p. 172).

Félez (1998), explica la situación de pobreza como policromática, es decir, que hay muchas formas de pobreza, que implican varios factores y sus causas son múltiples. Para este autor, la pobreza en países del tercer mundo toma la forma de miseria, puesto que no se cubren las necesidades básicas, como la alimentación, la educación, la vivienda, etc.

Por su parte, López (2005) hace mención a la noción de pobreza como privación y carencia, por lo que constituye, de esta manera, un sector de la población que queda fuera de los circuitos de integración, desarrollo y disfrute de bienes. La autora se acerca a una visión marxista y explica que la pobreza es una distribución inequitativa de las riquezas; por lo tanto es injusta y debe modificarse, desaparecer. Por omisión de las necesidades básicas, señala que “se trata de lo necesario para desarrollar las capacidades individuales y colectivas en una sociedad determinada” (López, 2005, p. 7).

Dentro de las conceptualizaciones teóricas que realizaron los diversos autores del GIEP (1996), Grupo Interdisciplinario de Estudios Psicológicos, encontramos la diferencia en cuanto a la pobreza que carga con una larga historia. Es decir, las carencias se agravan cuando se trata de familias que se sumergen en contextos pobres durante un tiempo prolongado; se realiza una diferencia entre aquellos pobres crónicos, quienes son consecuencia de una estructura cultural y social, y aquellos pobres recientes, quienes tuvieron que modificar rutinas cotidianas a partir de modificaciones en el mercado laboral y se encuentran afectados, en particular, en los ingresos.

2.b- Exclusión social

Baraibar (2000) define la exclusión social, como los distintos grupos sociales que no se integran en el mundo laboral y como consecuencia no logran alcanzar las condiciones mínimas de vida. Se habla de la dimensión propia que implica la total exclusión de los derechos humanos, no accediendo de esta forma a los mismos, lo que, para la autora,

representa una fractura, ya que las brechas sociales se consolidan aún más como grandes distancias que separan, a los distintos contextos sociales, de una participación en común de la vida social. Además, el excluido se convierte en un sujeto estigmatizado y discriminado en diversos círculos sociales, a los que muchas veces desconoce. Se refiere a personas que se caracterizan por la inestabilidad de sus vínculos y por rupturas con los mismos, llegando, en algunas circunstancias, al aislamiento. La exclusión social, implica una precarización a nivel laboral y edilicio, se sufre una desestabilización de lo estable. Baraibar (2000) evoca a Castel (1992) que refiere a la desafiliación como la imposibilidad del sujeto de inscribirse en la estructura que provee de sentido a la vida.

Por su parte, López (2005) define la exclusión social como “la existencia de poblaciones sin opciones de incorporación e integración al desarrollo y a sus beneficios, con ruptura de la cohesión social” (Lopez, 2005, p. 7). Se trata, dice la autora, de la falta de acceso a servicios y oportunidades que brinda la sociedad misma. Para Labrunée y Gallo (2005), cuando se habla de exclusión social, se hace referencia a la fragilidad de los vínculos entre personas, grupos y la comunidad.

2.c - Vulnerabilidad

A partir del aislamiento social, señala Baraibar (2000), nos acercamos al concepto de “vulnerabilidad”, el cual implica una zona de turbulencia que es capaz de asociarse a lo precario del trabajo, así como a las relaciones y vínculos frágiles. La misma autora cita a Castel (1992) quien define a la vulnerabilidad como un enfriamiento del vínculo social que antecede al quiebre del mismo y que se caracteriza por la falta de soporte que proporciona un entorno familiar frágil, la posibilidad de poseer un empleo y la sociabilidad.

Por otra parte Labrunée y Gallo (2005) explica la vulnerabilidad como la posibilidad de padecer los daños, a raíz de fenómenos y circunstancias que pertenecen a un orden externo.

De esta manera se ven los daños y efectos de las transformaciones sociales, culturales y económicas a las que se enfrentan algunos sectores sociales. Así, el autor plantea que estamos frente a un riesgo al que se ven expuestas las familias y las comunidades. Labrunee y Gallo (2005) enfatiza en el aspecto dinámico que posee el concepto de vulnerabilidad, ya que las consecuencias no son solo el resultado de las distintas circunstancias externas sino que también se definen a partir de la reacción y potencialidad de los actores de las distintas comunidades. Sin embargo, estamos frente a un hecho que potencializa la probabilidad de las personas a sufrir deterioros en sus propias vidas. La pobreza, la exclusión social y la vulnerabilidad nos enfrentan a la desintegración social. Por último, cabe agregar la definición presentada por Ajuriaguerra y Marcelli (1982), quien señala, “La vulnerabilidad que evoca la sensibilidad y las debilidades patentes o latentes, inmediatas o diferidas, puede entenderse como la capacidad (o la incapacidad) de resistencia a los apremios del ambiente” (Ajuriaguerra, J., Marcelli, D., 1982, p. 355).

2.d Factor de riesgo

La investigación del GIEP (1996), toma como definición de riesgo, la predisposición que tienen los sujetos, o colectivos, a sufrir en sus vidas algún tipo de daño en su salud.

Ajuriaguerra y Marcelli (1982), definen factor de riesgo como “condiciones existenciales del niño, o su entorno, que comportan un riesgo de enfermedad mental superior al que se observa en la población en general”. (Ajuriaguerra, Marcelli, 1982, p. 350). Lebovici (1983) señala que las condiciones culturales y socioeconómicas desfavorables son un factor que fomenta la enfermedad. Para Ajuriaguerra (1982) y Marcelli (1982), los factores de riesgo son: la carencia afectiva propiciada por la madre y el ambiente que acogen al niño; padres con patologías o padres que no han podido desarrollar una imagen positiva con sus propios padres; o un ambiente que maltrata. Según Lebovici (1995) se trata de la carencia libidinal, y

la falta de estímulos y aportaciones del ambiente al niño. Ajuriaguerra y Marcelli (1982), desarrollan dentro de la serie de factores de riesgos, la miseria socioeconómica. Ambos autores señalan, que nacer y vivir en la pobreza es una amenaza para el desarrollo normal del niño. En la investigación realizada por el GIEP (1996), califican a la pobreza como un factor de riesgo duro, por la poca posibilidad de modificarlo.

2.e - Resiliencia – resistir

Según Melillo (2007) el concepto de “resiliencia” parte de la pregunta y observación: ¿por qué no enferman los que no enferman? De esto surge un número de reflexiones que apuntan a responder la pregunta. El autor explica que la resiliencia no es una capacidad genética, sino que existe a partir de un lazo construido con otro. Es decir, la capacidad por la que el ser humano afronta adversidades, siendo los factores protectores lo que le permiten salir fortalecido de estas. La necesidad de otro significativo se hace incondicional para construir la resiliencia, ya que es esta persona quien logra desarrollar las fortalezas y potencialidades del sujeto, que debe lograr apropiarse de estas.

Para Cerruti (2007), la resiliencia se conjuga en la interacción entre las huellas de la experiencia, las condiciones del contexto, el entorno inmediato y las características personales. Es necesario destacar, continúa la autora, que el ser resiliente acarrea con el sufrimiento psíquico. En contextos de vulnerabilidad socioeconómica, el ser humano se constituye a partir del sufrimiento de un ambiente desprotegido. Lecannelier (2007) nos introduce en la materia de la intervención temprana y explica: “En Sudamérica, este tipo de intervenciones parece ser un bebé en proyecto a ser concebido, dada la alta prevalencia de factores de riesgo que afectan a muchas familias” (Lecannelier et al, 2007, p. 224). Sin embargo, continúa, los primeros años de vida son, aun así, una ventana de oportunidades, tanto en familias con alto nivel de aislamiento, donde las intervenciones deben ser concretas y

específicas. Por lo tanto, este tipo de intervención, se transforma en la oportunidad de prevenir e intervenir en problemas a tiempo. Los contextos que generan patologías, dice Lecannelier (2007), como ser de abuso, maltrato, negligencia, abandono e institucionalización, deben intervenirse lo más pronto posible, para lograr revertir y reparar los daños, que de no ser así, seguirán profundizando en el sujeto. El tipo de intervención que nos plantea el autor, es más amplio que la estimulación psicomotora del niño; la intervención debe ampliarse a la familia y de esta manera logrará ser efectiva, con beneficios a corto y largo plazo.

3 Una mirada a programas e instituciones

3.a- Los distintos programas

Tras diversos estudios realizados en Uruguay, se constata que el índice mayor de pobreza se encuentra en la población de niños menores de seis años, por lo que desde ese entonces se intenta hacer hincapié en las políticas de la primera infancia y la familia.

Según datos recabados a partir de la página web de Plan Caif, desde 1988 se encuentra en funcionamiento el programa de Centros de Atención a la Infancia y la Familia (Plan CAIF). En la actualidad se encuentran en funcionamiento 372 centros y más de 49.000 niños atendidos. El Plan cuenta con el Programa de Experiencias Oportunas, que atiende a niños de cero a dos años, en modalidad semanal y acompañados por un referente familiar; y con el Programa de Educación Inicial, que presenta una propuesta pedagógica para niños de dos y tres años. (Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay. Plan CAIF (s. f.). *Acerca de la Institución.*)

Además de los Centros CAIF, según datos obtenidos de la página web del INAU, el Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay, se ofrecen como servicio los Centros de

Primera Infancia diurnos, donde se intenta ofrecer un entorno de cuidado, educación y protección para niños de tres meses hasta tres años. También se desarrolla, en los barrios, el Programa Cercanías, a través de los Equipos Territoriales de Atención Familiar (ETAF), con el objetivo de mejorar la eficacia de las intervenciones del Estado, en las familias de extrema vulnerabilidad. De esta manera se propone acercar las prestaciones sociales que corresponden a las familias y fortalecer en cuanto a cuidados, crianza y socializaciones.

Por otra parte, según datos de la página web de la OPP, se inserta, como programa de intervención en hogares, Uruguay Crece Contigo, que atiende a la población de escasos recursos, con el fin de garantizar los derechos y cuidados, de manera adecuada, de las mujeres embarazadas y los niños menores de cuatro años.

3.2- Programa de experiencias oportunas: un lugar de encuentro.

Desde 1998, se integra a los CAIF, el Programa de Experiencias Oportunas, el cual atiende a los niños desde el nacimiento hasta los dos años, acompañados de un referente. Para la atención se conforman dos grupos: uno con los bebés de 0 a 12 meses y el otro con los niños de 12 a 24 meses, en un ciclo de 16 talleres, con una duración de tres horas cada uno. En cada uno de ellos, el espacio se encuentra dividido en tres momentos, que comienza con un momento de juego, luego de reflexión y por último de alimentación. El espacio de juego se realiza en la sala de psicomotricidad, donde se intenta lograr un espacio seguro, en el cual el niño y su madre, o padre, logren encontrarse y jugar. De esta manera se logra fortalecer el vínculo, y resignificar las potencialidades del niño, y del adulto como protector y constructor de las singularidades del pequeño. Luego se convoca a un espacio de reflexión, en donde conversa sobre lo acontecido en el momento del juego y sobre aquellos temas que son de interés para los participantes. Por último se brinda un espacio de alimentación, en donde se ofrecen los alimentos adecuados para los adultos y los niños. El programa cuenta también con

la posibilidad de intervención en los hogares, en aquellas situaciones en que la familia muestra un aislamiento social que no le permite llegar al CAIF. En ese caso, se intenta reproducir los tres momentos del taller, en el hogar. (Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay. Plan CAIF (s. f.). *Acerca de la Institución*)

Articulación

A partir de los conceptos desarrollados en el marco teórico, se intentará articularlos, a fin de problematizar de qué forma estas primeras y complejas interacciones niño-adulto se ven afectadas cuando se encuentran inmersas en un entorno de pobreza. Para el esclarecimiento y entendimiento de la propuesta, este apartado se dividirá en tres secciones: contexto – madre, familia – madre, institución – madre.

1.Contexto – madre

Luego de desplegar los distintos conceptos, se desarrollará un paralelismo, en el cual se determinará al espacio físico que incluye la vivienda, el terreno, el saneamiento, y demás elementos materiales que compongan el territorio donde acontece la vida cotidiana, la condición de madre. ¿Por qué la condición de madre?, porque el contexto, al igual que la madre, tiene la función de proteger, significar y proveer al sujeto de lo que necesita. Se podrá comprender las emociones y acciones de los sujetos bajo estas condiciones, entendiendo los modos de crianza y desarrollo del niño, lo cual, desde una mirada institucional y como profesionales, aportaría a la posibilidad de cambio y de resignificación, en estas vidas afectadas por un azar desafortunado. Por lo tanto, en la comprensión de que no hay un porvenir escrito, y con la consideración de que no existe una sola verdad, este trabajo utilizará los conceptos concebidos por varios autores, para hacer una lectura, una sola, de lo que es la pobreza estructural que aterriza en los asentamientos.

Los asentamientos, como tales, se componen de viviendas construidas con materiales livianos, con saneamientos precarios, pocas de ellas con baño y cisterna, donde las aguas servidas se desparraman por los mismos terrenos, no hay un orden común de las casas y las mismas alojan a varias personas. Siendo así, y de otras maneras, esta leve descripción dará pie al desarrollo de este primer apartado. Asimismo, se involucrarán conceptos trazados por los autores antes mencionados: Aulagnier (1975), Winnicott (1972), Levin (2004), Klein (1946), Lebovici (1995), Kaes (1960), Cramer (1989), Fraiberg (1980), Bowlby (1989), Guerra (2000– 2014) y Green (1983), con el objetivo de utilizarlos como herramientas para comprender las características que imanan de este contexto

Subirats, Riba, Giménez, Obradors, Giménez, Queralt, Bottos, y Rapoport, A (2004) consideran a la pobreza un factor de riesgo para el desarrollo de una vida sana, y confirman que la misma compone un entorno desfavorable para el crecimiento de las personas que viven en ella. Por lo tanto, cabe preguntarse: ¿Cómo se introduce este entorno en el niño recién nacido?, ¿cómo afecta su desarrollo, en cuanto a su estructura psíquica y emocional?

A partir de la teoría de Green (1983), en donde manejamos el concepto de “madre muerta”, y considerando las características expuestas sobre el contexto de pobreza, se intentará hacer un paralelismo entre ambos, para lograr determinar que los contextos de vulnerabilidad socioeconómica se despliegan en la vida de los sujetos como madre muerta, es decir, que el espacio físico se convierte, para la persona, en un “entorno muerto”. Por lo tanto, se hará uso de esta denominación, con el fin de explicar los efectos que puede ocasionar, en la construcción del sujeto, un entorno escaso de recursos, que no provea lo que el ser humano requiere para poder vivir.

La “madre muerta”, como manifiesta el autor, se caracteriza por no lograr investir adecuadamente al niño. Es decir, alimenta, sostiene y acaricia al bebé de una manera poco

adecuada, sin entender lo que el niño necesita. Fernández Aguerre (2010) explicita que la pobreza se constituye como un estado en donde los variados recursos —siendo estos alimentación, ropa, vivienda, etc.— ponen en peligro la supervivencia física, ya que estos elementos son escasos y poco adecuados. Asimismo, se constituye un ambiente en donde el sujeto queda expuesto a la carencia y por lo tanto al desamor del entorno que lo acoge, ya que no se logra construir un lugar adecuado para la existencia que, como se afirma anteriormente, atenta contra la vida de la persona. Por esto se denominará al espacio físico: “entorno muerto”.

Como plantea Baraibar (2000), estamos frente a un contexto que no logra alcanzar las condiciones mínimas de vida, un lugar que existe pero que, para la persona, se encuentra muerto, ya que no logra ofrecer un ambiente adecuado, no satisface las necesidades y responde de una manera poco acertada, con la ausencia.

Si tomamos en cuenta la teoría de Winnicott (1972), un contexto suficientemente bueno debe ser, así como la madre, aquel que provea lo que el niño necesita, es decir, lo suficiente para que este, al sentirse querido, pueda querer. Un entorno que acoja, sostenga y nutra, un ambiente facilitador de recursos, con el fin de extender la vida del sujeto. De esta manera, dar la posibilidad de existir, a partir del desarrollo de las capacidades particulares de cada integrante de la comunidad.

Sin embargo, dentro de este entorno, los sujetos vivencian la desprotección de una vivienda que, por frágil, no logra protegerlos del exterior y por lo tanto los límites de adentro y afuera del hogar son escasos. Así, el entorno se transforma en un lugar lejano de proveer lo que realmente se precisa, ya que como señala López (2005), se trata de la falta de servicios y oportunidades. Por otra parte, estos significados y singularidades se impregnarán en las personas e incidirán en sus afectos y proyectos. Se podría señalar que los sujetos logran

entender que el mundo no tiene el menor interés en ellos; como explica Aulagnier (1975), el sujeto nace en un lugar donde su deseo de ser deseado, no halla respuesta; plantea que es necesario el placer de la madre para lograr la unificación del cuerpo del niño. Por lo tanto se puede conjeturar que cuando el entorno no logra demostrar el afecto necesario hacia la persona, los vínculos y sujetos se encontrarán dañados. Para la autora, es el portavoz quien carga de significados y palabras al pequeño y si consideramos al entorno como portavoz, será el mismo un depositador de significados y discursos, que cargarán de sentidos y significados al sujeto y así conformará parte de su identidad.

Para Baraibar (2000), es la exclusión lo que produce aislamiento; el sujeto se ve desplazado, discriminado y estigmatizado por otros entornos y otros sujetos. De esta manera, la brecha social se distancia de una vida en común; los sujetos que nacen dentro de la pobreza quedan atrapados en su entorno, ya que no están dadas las condiciones para la integración y la participación.

En la teoría de Green (1983), al igual que la madre muerta, el entorno (muerto) deja huellas y vacíos con los que luego el niño podrá identificarse, marcas que se asocian con el hambre, la desnutrición, el frío, las dificultades para estudiar, etc. Cabe recordar las palabras de un niño participante del Club del Niño “La Huellita”: “Yo, igual, nunca voy a dejar de ser pobre”. En estas palabras, se puede apreciar el desánimo del niño, que refleja la tristeza de la cual se ve impregnada el entorno, donde los sujetos se sienten en la condición de vivir para siempre en ese lugar, mimetizándose con el mismo, sin lograr su modificación. El entorno se presenta roto, considerando como “roto” los modos de vivienda, de vestir, incluso los juguetes con los que juegan los niños. Termina de morir y vive muerto. Así, los sujetos quedan atrapados en esta historia, limitados por un solo concepto “ser pobre”; las personas no logran encontrar sentido a su vida, a la vida, ya que se hace poco real la posibilidad de “ser”.

Como explica Castel (1992), es la imposibilidad del sujeto de inscribirse en una estructura que pueda generar sentido a su propia vida. Un entorno que no permite conocer las verdaderas potencialidades de la persona, tampoco logra brindar las posibilidades de existencia; el desorden destruye y esto puede convertirse en sentido para las personas que ahí viven.

Por otra parte, Klein (1946) nos acerca al placer y al displacer, a la frustración, en un pecho que representa a la madre. Se puede inferir que al pecho, como símbolo del entorno, y en este sentido la pobreza, es un pecho que alimentó a generaciones que luego alimentan a otras generaciones y está cargado de ausencia, de hambre. Es el pecho malo, que representa la ausencia; cuando el niño siente hambre, existe el pecho malo. Se trata del primer sorbo de vida, que habla de muerte y por lo tanto asoma la desilusión, antes de conocer la ilusión. El niño, que rápidamente comienza a introducirse en el mundo, encuentra objetos rotos. Los objetos rotos, se cargan de sentido. Como se expresó anteriormente, son aquellos juguetes, las paredes que se acoplan con el piso, la ropa, el sujeto, que frágil, es propenso a la destrucción. El objeto roto es un desecho de otro o rápidamente devino en roto, sin embargo siendo roto, aún vive.

La reparación, según Klein (1946), como mecanismo que se constituye en la persona, ¿logra conformarse bajo la inmersión de los objetos rotos? Esto conduce a la hipótesis de que el sujeto sumido a la destrucción, se consume en el riesgo de no lograr reparar, lo que desemboca en la consolidación de una etapa primitiva. El sujeto escindido, tan solo distingue objetos buenos y malos por separado, nunca de forma integrada. ¿Qué tipo de sujeto se constituye bajo los objetos rotos? Retomamos a Mahler (1975), quien refiere a la capacidad del niño, para amoldarse y conformarse con el ambiente en el que se encuentra inmerso, sea este un lugar patógeno o no, roto o no.

En este marco, se puede afirmar que la pobreza rodea a la persona de violencia, no porque la ejerza el sujeto, sino que continuamente se ve agredido por su entorno y por el de los otros. La sola presencia del otro, deja visible y explícita la existencia de otros modos de vida.

Ser, para Ana (2004), significa ser requerido para otro. Se puede pensar: ¿para quién?, en esta zona de exclusión, donde la inserción laboral casi no existe y la deserción escolar es frecuente. Para Winnicott (1972), el “ser” es la construcción de la persona con el entorno, donde se instaura o no la posibilidad de existir. Para esto, refiere el autor, es necesario un vivir creativo, donde se hace necesaria la contención de otro, de un entorno que preste a las necesidades de las personas que allí viven. La vida solo vale la pena vivirse con un sentir creativo, todo es creativo, salvo cuando el niño se encuentra enfermo, o frenado por factores ambientales; por lo tanto: ¿es posible un vivir creativo dentro del entorno muerto? Castel (1992) refiere a la posibilidad de no ser dentro de los contextos pobreza, puesto que el sujeto no encuentra, por más que busque, el sentido de la vida. Por lo tanto, ¿qué tan buena debe de ser una madre para revertir los efectos de un ambiente sumamente nocivo?

2. Familia - Madre

La historia se sigue escribiendo y bajo el lápiz se ubica la familia que relata un lugar, un momento, una época y un tipo de sujeto impregnado de significados, de caricias. En sintonía con el azar, las personas nacen y reproducen un tipo de cuna.

Por otra parte es en el encuentro de los padres con el niño donde, en conjunto con el entorno, se van determinando las formas y estilos de vida. Padres que se construyen e inventan como padres a partir de sus vivencias de hijo. Según Käes (1996), nos vemos implicados en una cadena, donde nos constituimos como un eslabón más de quienes nos conciben, donde vivencias, huellas e imágenes, son transmitidas de generación en generación. Por lo tanto, es necesario que los padres hayan construido una identificación positiva con sus

propios padres.

Es en la teoría de apego, exhibida por Bowlby (1989), en donde se explicita que los primeros vínculos afectivos entablados con la madre, serán reproducidos más adelante con el resto de las relaciones, definiendo así maneras de actuar y sentirnos frente al mundo. Señala el mismo autor, que para una madre que nunca fue cuidada es más complicado cuidar. Se trata de un eslabón más de la cadena, es la historia de la historia, la pobreza estructural, que somete, a la persona, a la reproducción de la marginación y la miseria. De esta manera comienza a sentirse el daño de una estructura deteriorada, la cual comienza a constituirse bajo la acción de la desesperanza.

Por otro lado, es en el sostén materno, donde la madre coloca el propio deseo de modificar su historia, de reparar sus propios daños. El niño que sostiene es la esperanza de una familia. Sin embargo, ¿cómo no revivir los miedos, a los que ellos mismos se vieron sometidos en su infancia? Durante el encuentro del adulto con el niño, es aquel niño, de ese adulto, quien toma vida. Cargando en brazos con su propia infancia, la dificultad está en lograr una identificación completamente sana, cuando esta acción permite aflorar los recuerdos, dramas y angustias de una infancia dañada, rota.

Las imágenes son difíciles de revertir y la función materna tiene como deber proteger de un contexto desfavorable. Las pautas de apego deben desempeñarse con amor y contención, pero, ¿puede una madre proteger a su hijo, cuando continuamente se ve enredada en el círculo del desamor? Asimismo, cabe preguntarse, ¿de qué manera puede esta madre mirar a su hijo? Madres que nacen, se reproducen y mueren pobres. ¿Qué tipo de proyecto e imágenes colocan en el niño? En los niños nuevos, que acaban de nacer y para quienes conocer el mundo significa saber sobre la falta. ¿Cuán posible es brindar afecto, cuando el entorno no lo brinda?

La madre mira al niño y este se refleja en ella, dice Winnicott (1972). Entre el amor y la injusticia se despliegan estos niños, que niños al fin, juegan, entre el deseo de reparar otras vidas y su propia realidad de objetos rotos. Por lo tanto, las formas y estilos de vida se ven modificados, naturalizando pautas de convivencia y crianza, que continúan con la reproducción de la pobreza. Los daños en la infancia pueden estructurarse en el sujeto como una enfermedad, o bien como la fragilidad, que no permite soportar la frustración, e inculca modos distintos de relacionarse con los otros, que probablemente se alejen de modos sanos.

Explica Aulagnier (1975), que los destinos no están fijados ni escritos, y bajo el deseo de otra vida, de la familia, las cunas pueden transformarse. Lo necesario nunca es suficiente para enloquecer, y si bien los contextos de vulnerabilidad socioeconómica exponen al sujeto a la enfermedad y al deterioro, por una realidad estructurada y dañada, siempre existe la posibilidad de resistir.

3. Instituciones - madre

Nuevamente se desarrollará un paralelismo, en el cual se involucra los distintos proyectos e instituciones que trabajan con esta población, bajo la condición de función materna, entendiendo que estas, al igual que el entorno y la madre, tienen la tarea de proteger, nutrir y decodificar al sujeto.

Para las instituciones y actores que se insertan en los distintos proyectos y barrios, el encuentro con la fragilidad y el deterioro, da lugar a la falta de respuesta, que obliga a los técnicos a buscar nuevas y diversas maneras de intervenir.

No hay duda de que la pobreza estructural, irrumpe en la vida de estas familias, asimilándose a la locura, reviviendo en cada niño nuevo, un sorbo de esperanza para la madre y la familia, para acompañar a la soledad que asoma.

Cabe ahora preguntarse, ¿cuál es el rol de las instituciones y programas que se instauran como políticas públicas, con el objetivo de remediar los daños ocasionados por el entorno de pobreza.? Asimismo, es necesario reflexionar sobre la capacidad de entendimiento que se debe tener, como psicólogo, para influir en la vida de las personas afectadas por la pobreza.

Como anteriormente se menciona, para construir la resiliencia es necesaria la participación de otro sujeto, significativo. Los distintos programas cuentan con un número de actores que se insertan en los barrios, con el objetivo de afianzar vínculos con la gente que allí vive, para poder acercar los distintos servicios, de los cuales se encuentran excluidos. Desde un marco ideológico es cuestionable la manera de abordar las diversas situaciones que desbordan a los programas, pero no debe negarse la eficacia, en cuanto a la posibilidad de brindar conocimiento sobre las redes insertas en los barrios y la insistencia del uso de las mismas.

A su vez, es necesario reconocer la importancia del diálogo y la palabra, que acontecen durante las intervenciones, ya que estas son quienes logran resignificar a las familias, tal como debe hacerlo la madre. Considerando que todo comienza en una mirada, basta con ver y observar a las familias, para que las madres y padres existan a los ojos de otro, lo que le permitirá poder mirar a su hijo. Aludiendo a Winnicott (1972), si me miran existo, y por lo tanto puedo mirar. Por lo tanto la cadena comienza a modificarse y los eslabones comienzan a teñirse de otros sentidos, de otros discursos.

Desde una mirada personal, haré una breve mención al Programa de Experiencias Oportunas del Plan CAIF, como posibilidad de cambio de sentido, para quienes participan de él.

Comúnmente, quienes participan son las mujeres; muchas de ellas se acercan con interés, procurando una vida distinta para sus hijos, participando con iniciativa durante los cuatro años que allí concurren. Se las invita a jugar y a apropiarse de un espacio, en el cual

interactúan y pronto pasa a pertenecerles. Desde el juego, uno puede reinventar su historia y aprendiendo de esta, en consonancia con el hijo, se reinventan dos historias. Se trata de aprender a jugar.

Una madre, participante del Programa de Experiencias Oportunas 2014, en el marco de un taller nos señalaba: “¿para qué sirve jugar?”, “para olvidar” responde otra de las participantes del programa.

Se necesitan tres para bailar, explica Cramer, pero para jugar se precisan muchos más y acá se pone en juego la responsabilidad de las instituciones que, entre ellas Plan CAIF, deben observar, cuidar, re-significar, para construir también la resiliencia. Es quizá, una historia de amor. En suma se trata de “Nacer en , con, por otro, comenzar a nacer, a desarrollar, a crear, crear, crecer y ser criado” (Levin, A., 2004, p 29). El desarrollo de los niños es responsabilidad de todos.

Anexos

Oda a las cosas Rotas

Se van rompiendo cosas en la casa
como empujadas por un invisible quebrador voluntario:

no son las manos mías, ni las tuyas,
no fueron las muchachas de uña dura
y pasos de planeta: no fue nada ni nadie,
no fue el viento, no fue el anaranjado mediodía,
ni la noche terrestre, no fue ni la nariz ni el codo,
la creciente cadera, el tobillo, ni el aire:
se quebró el plato, se cayó la lámpara,
se derrumbaron todos los floreros
uno por uno, aquél en pleno octubre
colmado de escarlata, fatigado por todas las violetas,
y otro vacío rodó, rodó, rodó
por el invierno hasta ser sólo harina
de florero, recuerdo roto, polvo luminoso.

Y aquel reloj cuyo sonido era a voz de nuestras vidas, el secreto hilo
de las semanas, que una a una
ataba tantas horas a la miel, al silencio,
a tantos nacimientos y trabajos,
aquel reloj también cayó y vibraron
entre los vidrios rotos sus delicadas vísceras azules,
su largo corazón desenrollado.

La vida va moliendo vidrios, gastando ropas,
haciendo añicos, triturando
formas, y lo que dura con el tiempo es como
isla o nave en el mar, perecedero,
rodeado por los frágiles peligros,
por implacables aguas y amenazas.
Pongamos todo de una vez, relojes,

platos, copas talladas por el frío,
en un saco y llevemos al mar nuestros tesoros:
que se derrumben nuestras posesiones
en un solo alarmante quebradero,
que suene como un río lo que se quiebra
y que el mar reconstruya

con su largo trabajo de mareas
tantas cosas inútiles que nadie rompe,

pero se rompieron.

Pablo Neruda

Referencias Bibliográficas

- Ajuriaguerra, J. y Marcelli, D. (1982). *Manual de psicopatología del niño*. Barcelona: Masson.
- Atger, F. , Guedney, A. Apago y desarrollo. En *Enciclopedia Medico Quirúrgico* (2006); E-37-200- B35: 1-10.
- Aulagnier, P. (1975). *La violencia en la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Baráibar, X. (2000). Algunos aportes para la discusión sobre exclusión social. *Surá*, 53. Recuperado de <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/sura/sura-0053.pdf>
- Bernardi, R., Schwartzmann, L., Canetti, A., Cerutti, A., Roba, O., & Zubillaga, B. (1996). *Cuidando el potencial del futuro: el desarrollo de niños preescolares en familias pobres del Uruguay*. Montevideo: Grupo Interdisciplinario de Estudios Psicosociales (GIEP), Facultad de Medicina (UdelaR)..
- Bowlby, J. (1989). *Una base segura*. Barcelona: Paidós.
- Cerutti, A. Resiliencia y promoción del desarrollo de los niños y niñas. En Bauer, M., González, E., Sassón, E., Weigensberg, A. Cortí, A. Altman, M., Menoni, T. (2007). *Resiliencia y vida cotidiana*. Montevideo: Psicolibros.
- Cramer, B. (1989). *De profesión bebe*. Barcelona: Urano.
- Félez Anta, J. Revisitando el concepto de pobreza. *Espiral, estudios sobre Estado y Sociedad*, 1998, vol. 4, no 11
- Fernández Aguerre, T. (2010). Hacia un enfoque multidimensional de la pobreza: cuestiones sociales. En Serna, M. *Pobreza y (des) igualdad en Uruguay: una relación en debate*. Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología.
- Freud, S. (1916) Conferencia 23. Los caminos de la formación de síntoma. Conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y JL Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas*.
- Green, A. (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guerra, V. El ritmo en la vida psíquica: entre pérdida y reencuentro. Recuperado de <http://www.unesco.org/uy/mab/fileadmin/educacion/PERDER,%20RE-ENCONTRAR%20-%20Guerrra%20JFIT.pdf>
- (2000). Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n° 91. Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/1688724720009109.pdf>.

- (2014). *Indicadores de intersubjetividad*. Conferencia presentada en Montevideo, 2014. Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay . *Programa transversales, cercanías*. Recuperado de <http://www.inau.gub.uy/index.php/component/k2/item/1877-cercanias>
- Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay. Plan CAIF (s. f.). *Acerca de la Institución*. Recuperado de <http://www.plancaif.org.uy/acerca-de-la-institucion/>
- Käes, R. (1996). *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (1977). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides 1946. *Obras completas. Envidia y gratitud y otros trabajos*. Paidós: Buenos Aires.
- Labrunée, M. E., Gallo, M. E. (2005). *Vulnerabilidad social: el camino hacia la exclusión*. Recuperado de <http://nulan.mdp.edu.ar/716/1/01207f.pdf>
- Lebovici, S. (1983). *El lactante, su madre y el psicoanalista*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1995). *La psicopatología del bebe*. México: Siglo XXI.
- Lecannelier, F. (2002). El legado de los vínculos tempranos: Apego y Autorregulación. *Rev. chil. psicoanal*, 19(2), 191-201.
- (2003). Juego de ficción, narrativa y desarrollo de la experiencia Humana. Recuperado de http://www.inteco.cl/articulos/014/texto_esp.htm.
- Intervención temprana basada en el apego: Teoría y evidencia. En .Bauer, M., González, E., Sassón, E., Weigensberg, A. Cortí, A. Altman, M., Menoni, T. (2007). *Resiliencia y vida cotidiana*. Montevideo: Psicolibros.
- Levin, A. (2004). *El sostén del ser*. Buenos Aires: Paidós.
- López Arellano, O. (2005). Desigualdad, pobreza, inequidad y exclusión. Diferencias conceptuales e implicaciones para las políticas públicas. *XI curso-taller OPS/OMS-CIESS: Legislación de salud: Marco regulatorio para la extensión de la protección social en salud*.
- Mahler, M. (1975). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Melillo, A., Resiliencia, subjetividad e intersubjetividad. En Bauer, M., González, E., Sassón, E., Weigensberg, A. Cortí, A. Altman, M., Menoni, T. (2007). *Resiliencia y vida cotidiana*. Montevideo: Psicolibros
- Morales-Huet,, M. Rabouam, C., Guedney, N. Psicoterapias precoces padres- bebé. En *Enciclopedia médico quirúrgico*. (2006), E 37 – 208- D- 60 : 1-5
- Stolorow, R. D., y Atwood, G. E. (2004). *Los contextos del ser: Las bases intersubjetivas de la vida psíquica* Recuperado de [www . Gacetauniversitaria. Cl 370](http://www.gacetauniversitaria.cl)
- Subirats, J., Riba, C., Giménez, L., Obradors, A., Giménez, M., Queralt, D., Bottos, P., &

- Rapoport, A. (2004). *Pobreza y exclusión social*. Fundación "La Caixa".
- Uruguay. Presidencia. Oficina de Planeamiento y Presupuesto (2012). *Uruguay Crece Contigo*. Recuperado de <http://www.crececontigo.opp.gub.uy/>
- Videla, M. (1990). *Maternidad, mito y realidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Winnicott, D. (1972). *Juego y realidad*. Buenos Aires: Granica.
- (1983). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires. Ediciones Hormé